



Sínodo del Norte de Texas-Norte de Louisiana

Iglesia Evangélica Luterana en America

La obra de Dios. Nuestras manos.

Domingo de Pascua, 11 de abril de 2020

Sermón para los Sínodo ELCA de Texas y Luisiana

Mateo 28:1-10 (NRSV)

28: 1 Después del sábado, cuando amanecía el primer día de la semana, María Magdalena y la otra María fueron a ver la tumba. 28: 2 Y de repente hubo un gran terremoto; porque un ángel del Señor, que descendía del cielo, vino, hizo retroceder la piedra y se sentó sobre ella. 28: 3 Su apariencia era como un rayo, y su ropa blanca como la nieve. 28: 4 Por temor a él, los guardias temblaron y se volvieron como hombres muertos. 28: 5 Pero el ángel dijo a las mujeres: "No tengan miedo; sé que están buscando a Jesús que fue crucificado. 28: 6 Él no está aquí; porque ha resucitado, como dijo. Vengan, vean. El lugar donde yacía. 28: 7 Entonces ve rápidamente y diles a sus discípulos: "Ha resucitado de entre los muertos, y de hecho va delante de vosotros a Galilea; allí lo verás. Este es mi mensaje para ustedes ". 28: 8 Entonces salieron de la tumba rápidamente con temor y gran alegría, y corrieron a contarle a sus discípulos. 28: 9 De repente, Jesús los encontró y les dijo: "¡Saludos! " se apoderó de sus pies y lo adoró. 28:10 Entonces Jesús les dijo: "No tengan miedo; ve y diles a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán ".

Hermanos en Cristo; paz y Gracia a ti de Dios nuestro creador y Cristo resucitado.

Un domingo de Pascua normal en mi experiencia ministerial comienza mucho antes del amanecer para un servicio al amanecer seguido de liturgias festivas, desayunos juveniles de Pascua, búsqueda de huevos y todo tipo de gloriosa actividad comunitaria, celebrando juntos la llegada de la primavera y el final de la Cuaresma. Y de ayunos Por supuesto, hubo una Pascua en Wisconsin donde había 18 pulgadas de nieve ... pero me estoy desviando

Una Pascua normal está llena de expectativas. Hice una encuesta informal alrededor de mi mesa la otra noche y pregunté a nuestros tres hijos, de 4, 7 y 11 años, qué les gustaba de Pascua. Las respuestas inmediatas fueron la búsqueda de huevos, pasar tiempo con amigos, los bísquets con gravy en los desayunos de los jóvenes, las celebraciones y los dulces, tolerancia por las fotografías inevitables y, finalmente, sé que tratar de complacer a sus dos padres pastores, una admisión de que la iglesia también es buena. Mucha gente (negociable si eso es bueno), música especial y el servicio temprano en la oscuridad donde llevamos la vela de Cristo al santuario

La honestidad de los niños es un regalo. Porque hablan la realidad de la Pascua normal y las cosas que celebran son buenas. Sin embargo, estas cosas, este año, a pesar de las esperanzas de muchos, no están disponibles. En 2020 ha llegado la Pascua y muy poco es normal. Esta es la Pascua en el tiempo de

COVID-19. No es un virus chino, marque eso bien, sino un virus humano que se propaga rápidamente y ha interrumpido y cambiado nuestra normalidad para siempre. Entonces, si nuestra normalidad cambia, entonces se debe hacer la pregunta: ¿de qué sirve esta interrupción de la normalidad?

En una mañana normal de Pascua, la tarea del predicador es devolver a la comunidad de la celebración un poco a la realidad por un momento. Para recordarle a la comunidad que la razón por la que estamos aquí es que alguien murió. Y no solo murió, sino que fue ejecutado de una manera horrible. por un procedimiento diseñado con precisión por los poderes dominantes para extraer el dolor, inspirar miedo y alentar a la población a ser dócil. En una brillante mañana de Pascua, frente a los colores pasteles y hermosos sombreros, el predicador tiene la difícil tarea de recordarle a una comunidad, la mayoría de los cuales probablemente se perdió en la liturgia del Viernes Santo, que para que proclamemos "Cristo ha resucitado", debemos También recuerda que Cristo fue crucificado.

Pero esta no es la Pascua normal. La realidad y la posibilidad de la enfermedad y muerte por la pandemia es más real para nosotros hoy de lo que ha sido en la memoria viva. Muchas iglesias, escuelas y negocios han estado cerrados por más de un mes con la incertidumbre de cuándo se permitirá nuevamente abrirse. Las reuniones familiares han sido canceladas. Las fiestas de cumpleaños se cancelan o posponen junto con las asambleas sinodales. Los funerales se han celebrado con solo unos pocos dolientes presentes y son compartidos por video con otros. Esto es cualquier cosa menos normal. Y la pregunta es, cuando pase esta pandemia, ¿qué será normal?

Lo normal es algo gracioso. Es una realidad compartida asumida, pero en realidad es una ilusión, una construcción. Lo que es normal para mí puede ser bastante anormal para ti. Entonces, si queremos volver a la normalidad, ¿qué será eso? ¿Y quién decide?

Este es el problema con la Pascua. Nunca tuvo la intención de ser normal. En el texto de Mateo, las mujeres fieles, María Magdalena y la otra María, fueron a la tumba. Curiosamente, a diferencia de otros evangelios sinópticos, no hay ninguna razón dada por qué van. No se tienen en cuenta los roles normales que podrían desempeñar al ungir el cuerpo con especias. No, en esta primera Pascua las mujeres simplemente van "a ver la tumba"

¿Están tratando de hacer algo de normalidad con lo que experimentaron? ¿Para asegurarse de que no soñarían con lo que habían visto cuando José de Arimatea recibió el cuerpo de Jesús para enterrarlo? Tiene sentido en esto. Ir y ver la tumba, para asegurarnos de que realmente está allí, eso daría cierta estructura, algo de normalidad, cierre como a menudo lo llamamos a todo lo que habían experimentado.

Pero la Pascua no es normal. Un gran terremoto sacude la tierra. Aparece un ángel, quita la piedra y se sienta sobre ella. Una vez más, los hombres, los guardias romanos, se desmayan en el sitio del poder de Dios, pero las mujeres siguen comprometidas. Al mantenerse alerta escuchan esas palabras del ángel que mis hijos, aquellos a quienes encuesté sobre Pascua antes, se les ha enseñado a repetir. ¿Qué dicen los ángeles? "No tengas miedo". No tengas miedo porque ha ocurrido algo completamente anormal y nada, nada, será lo mismo y eso es una buena noticia. No, no son solo buenas noticias, son las mejores noticias posibles. Normal ha sido interrumpido.

Normal es control, el statu quo. Crear una situación en la que se acepte lo normal para que las personas no cuestionen, o crean que no tienen poder para cuestionar, lo que les está sucediendo o les está

sucediendo. Esta era la situación de los seguidores de Jesús. Normal para ellos se había convertido en el dominio del imperio, de la inequidad sistémica. Como el poder que ocupaba Palestina en ese momento, Roma era la normalidad. Roma era legitimidad. Roma era vida y muerte. Acepte la dominación y el trabajo dentro del sistema y podría tener una vida decente en la que se proporcionaría suficiente pan para que su familia no muera de hambre. Rechaza eso, y Roma demostraría, como lo hizo en el cuerpo de Jesucristo y muchos otros cuerpos de su tiempo, su poder de muerte.

Roma poseía el poder de la vida y la muerte. Fue, como siempre lo ha sido para el imperio, su mayor poder. Roma había perfeccionado la capacidad de traer muerte y destrucción y llamarlo normal. Pero hubo grietas en la narrativa. Tácito, al escribir sobre las grandes hazañas de las campañas de su suegro Agrícola en Escocia, 50 años después de la ejecución de Jesús, pone en boca de Calgaco, jefe de los caledonios y enemigo de Agrícola, una crítica de la normalidad romana: "Saquean, matan y roban: a esto lo llaman falsamente Imperio, y donde hacen un páramo, lo llaman paz".

Sin embargo, Roma podría llamar a tal cosa paz porque hace 2.000 años tenían el poder de la vida y la muerte. La paz era lo que decían que era la paz. Esta ha sido y siempre será la asunción del imperio, vocalizado nuevamente hace mucho tiempo, en una galaxia muy lejana por un Emperador Palpatine que advierte a un joven Skywalker, enrojado en combate con Darth Vader y desafiante hasta el final, "ahora morirás".

La muerte es un poderoso motivador. Sin embargo, la vida, la vida vivida plenamente, la vida resucitada, es aún más poderosa. Y esa es la maravilla y la anormalidad de la Pascua. En Pascua, la vida vence a la muerte. Desde ese primer domingo de Pascua hasta hoy, la Pascua no puede ni debe ser normal. Por eso, la iglesia nunca debe ser normal, a pesar de que a menudo cae en los brazos reconfortantes de la normalidad.

Hace 2.000 años, María Magdalena y la otra María fueron a la tumba para ver. Al hacerlo, se encontraron con un ángel que les proclamó que lo normal había cambiado. Que la vida había vencido a la muerte, el imperio no tenía la última palabra, y lo que creían que era el statu quo ya no aguantaría. Debían ir y ser los primeros predicadores de la resurrección. Ellas, las mujeres fieles, fueron llamadas a proclamar a los otros seguidores de Jesús que el mundo había cambiado y que Jesús, como Dios siempre lo había hecho, se había adelantado a ellos en una nueva realidad, una nueva normalidad.

La ley para nosotros hoy es que con demasiada frecuencia la iglesia ha vuelto a caer en la vieja normalidad. Después de esa experiencia de la primera Pascua, las cosas rápidamente comenzaron a volver a la normalidad. A las mujeres, las primeras predicadoras de la resurrección, se les dijo que no se necesitaban predicadores y sacerdotes. La iglesia buscó la autorización y el poder imperial. A pesar de los profetas en medio de ella, con demasiada frecuencia la iglesia se convierte en una herramienta de opresión imperial y colonial; un destino manifiesto que encontró normalidad en las escrituras para la opresión de las mujeres, la esclavitud, la segregación racial, la supremacía blanca y el robo de tierras a los pueblos indígenas.

Agradecidamente, después de casi dos milenios, nuestra iglesia reconoció que algo normal debe cambiar. Sin embargo, a medida que nuestra iglesia, la ELCA, celebra 50 años ordenando pastores que son mujeres, debemos enfrentar la verdad de que muchas de nuestras comunidades no están dispuestas a recibir la voz de una mujer como pastora, particularmente una mujer de color. Debemos enfrentar este día de Pascua no normal que diez años después de recibir a nuestros pastores en el

ministerio que se identifican como Queer +, la gran mayoría de las congregaciones buscan candidatos hetero normativos. Que, a pesar de rechazar la Doctrina del Descubrimiento, hemos hecho muy poco para enmendar a las comunidades indígenas mientras vivimos en tierras robadas. Nuestro yo pecaminoso, el viejo Adán, vuelve a lo que sabemos y en lo que hemos confiado, sofocando nuestros intentos de vivir en una nueva normalidad.

COVID-19, no un virus chino, ha sacudido todo lo que los estadounidenses sabemos que es normal. Nos ha sacudido a nosotros y a nuestras suposiciones de una manera que nadie en la memoria viva puede recordar. Nos ha traído una aleatoriedad de infección y muerte. Una dislocación social que estamos luchando para tener sentido a medida que continuamos reconociendo los protocolos de distanciamiento físico y otras estructuras implementadas no puede protegernos completamente de la realidad de que amigos, familiares y seres queridos se verán afectados por este virus y que algunos morirán. El virus, como el imperio, tiene un poder que no podemos controlar. Sin embargo, en medio de esta nueva normalidad, tenemos la oportunidad, en esta Pascua anormal, de proclamar una palabra y vivir una nueva realidad.

Roma, como todos los imperios anteriores y posteriores, tenía el poder de la muerte; para hacer un páramo y llamarlo paz. Lo que Roma olvidó es que no tenía el poder de la vida. Ese poder pertenecer solo a la Palabra de Dios. La Palabra de Dios que habló, como testifica Juan 1, que el mundo existe. Esta Palabra viva, esta palabra poderosa, esta Palabra contra la rueda, es de hecho la palabra de vida. La vida que puede conquistar lo normal, el statu quo, la palabra que de hecho puede conquistar la muerte.

En esa primera Pascua anormal, María Magdalena y la otra María vinieron como fieles discípulos para ver la tumba de su líder. Lo que encontraron fue que el mundo había cambiado por completo y se había dado una nueva misión. La muerte había sido vencida nuevamente por el poder de la palabra viva de Dios. La palabra resucitada viva de Dios que abre la posibilidad abierta y se mueve inmediatamente hacia la creación de Dios, una creación que muere por palabras de esperanza de Dios. Esta es la palabra de la iglesia para compartir, nuestra palabra, nuestra misión. En esta Pascua somos llamados nuevamente a comprometernos a seguir esta palabra. Rezo para que nunca haya otra Pascua normal. En medio de esta crisis actual, comprometemos a nuestro mundo, nuestra iglesia y a nosotros mismos a seguir a Jesús, la palabra de Dios, cada vez más audazmente. Cristo nos precede con este mensaje claro. "No tengas miedo; ve y dile a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán". Así partimos, acompañando a esas primeras mujeres fieles, preparadas para encontrar la Palabra de Dios resucitada.

Cristo ha resucitado ... Cristo ha resucitado. Aleluya, Aleluya, Aleluya, Amén.

Bishop Erik K.J. Gronberg, PhD
BpGronberg@ntnl.org